

*lanzarnos en tan ardua empresa á recorrer ese itinerario de los pueblos hacia Dios, en que cada paso mide el infinito.*

*Antes de estudiar la filosofía de la revelación general, parecía condición indispensable estudiar antes cada culto en particular, como si él fuera único en el mundo. En este punto, cuanto más hemos creído que se agitaban y chocaban, sin producir luz ni calor, los modernos sistemas religiosos, mayor ha sido nuestro empeño en atenernos á aquellas épocas en que, por decirlo así, nos fuera dable hablar imparcialmente de Dios, no llevando á ellas el espíritu de la nuestra, mas antes bien, cuidando escrupulosamente de ir allá despojados del hombre actual, tanto como revestidos del antiguo, bien persuadidos de que la dificultad en estos asuntos, más que en atribuir á las instituciones del pasado la ciencia de la posteridad, estriba en poder encontrar por un momento en el fondo de uno mismo la esencia, viva aún, de sus creencias. Si en el de este libro palpítase algo del alma religiosa de la antigüedad, habré conseguido mi objeto; si, por el contrario, no se viese en él otra cosa que los pensamientos estudiados de un comentador del siglo XIX, confieso que habría que rehacerle desde la primera página.*

E. QUINET.

París 29 de Diciembre de 1841.

## EL GENIO DE LAS RELIGIONES

### LIBRO PRIMERO

#### De la revelación por el órgano de la Naturaleza

##### I

#### De la génesis espiritual

Cuanto más agitado parece el espíritu, la Naturaleza más inmutable. Las estaciones, los días, las mareas sucedense en un orden constante; las emigraciones de los animales y la de los astros están sometidas á idéntica fatalidad; la sucesión de los años no hace sino confirmar esta servidumbre del cielo y de la tierra.

En medio de ese universal encadenamiento, únicamente al hombre no le es dado el permanecer inmóvil. Construyendo y destruyendo incesantemente sociedades y sistemas para volver siempre á comenzar la misma tarea, absorto en sus propias obras, en presencia del espectáculo invariable que le rodea, ¿qué es lo que pretende? ¿qué busca? Lo



ignora, continúa siempre marchando, agitándose, deshaciendo lo que de hacer acaba, dejando que por él respondan sus actos, cambiando sin cesar, en una palabra, cuando todo en su alrededor permanece inmutable. Diréis que éste es el signo de su miseria. No; lo es más bien de su grandeza, y el que le hace rey de esa naturaleza muerta, aunque rey, como Saúl, frecuentemente enloquecido.

En efecto, él no ha recibido normalmente, por una sucesión legítima, la herencia del gusano. Entre uno y otro media una revolución, de modo que no sólo ha quedado emancipado su cuerpo, sino sus instintos, sus sentimientos, sus dioses. Su ser siente además la sed de lo infinito y con anhelo eterno lo persigue, cambiando de templo, de santuario, de sociedad, sin cambiar nunca de deseos. Suprimid por un momento con la libertad moral esta aspiración á lo infinito, y la vida cesa en el instante. No más imperios, ni pueblos, ni generaciones diversas unas de otras; los siglos petrificados se detienen; los libros de la historia civil hay que borrarlos y añadir á la natural un capítulo más.

Y no es que la Naturaleza sea en realidad tan inmutable como á primera vista parece. Las historias de sus épocas se han escrito como las de las épocas sociales, y en las cortezas mismas del globo fueron halladas, con la primera cronología, las inscripciones del mundo naciente. ¡Cuántas organizaciones ensayadas, esbozadas, destruidas unas en pos de otras hasta alcanzar el molde de la especie

humana! Desde los reptiles alados, salamandras gigantescas que se arrastraban sobre los bordes del caos, hasta los grandes mamíferos, ¡cuántas épocas y eras diversas y reinados monstruosos y dinastías soberanas no han reinado y se han sucedido! Pero el hombre surge por fin, y todo vuelve á su natural reposo; la Naturaleza, agotada en su última obra, recae en su antigua inmovilidad y cesa en su creación; ya no hay más organismos ni combinaciones nuevas. ¿Es que el mundo se ha detenido? ¿Acaso el Espíritu divino que le creara le ha abandonado? Pero no; el poder de transformación no se halla agotado: hase refugiado en el corazón y en la conciencia del hombre. En este seno que encierra todas las luchas, la inmensa noche, las tempestades, el genio creador, que atormentaban, revolvían y desgarraban antes el seno de la Naturaleza, la creación continua. Del caos del universo viviente surge un nuevo caos más profundo, en donde duermen confusamente envueltos los esbozos, gérmenes y embriones de las sociedades futuras. El soplo del espíritu pasa sobre la faz inteligente de este abismo, y la luz queda hecha en la noche del pensamiento. Entonces comienzan á aparecer nuevos seres, mitad cuerpo y mitad alma, sociedades y Estados, y en esos Estados dioses é instituciones y leyes, y obras de arte que no tienen menos realidad que la realidad más sensible. La misma potencia que habia llamado á los animales por sus nombres, llama en alta voz, de siglo en siglo, á las



razas humanas, á los imperios, desde el umbral de la historia. El universo organizado ya no produce nuevas formas vegetales ó animales, pero engendra en cambio formas sociales en variedad infinita y sucesión indefinida: á la génesis de la materia ha sucedido la génesis de la inteligencia.

Ahora bien; me propongo indicar brevemente en esta obra las fases de esta génesis espiritual, determinando el lazo que une entre sí las civilizaciones, siguiendo la tradición universal que se extiende desde el primero hasta el último pueblo, é investigando la manera cómo se encadenan los días en esta gran semana de la creación de la historia civil. Pero para reunir en un pequeño espacio tantas sociedades distintas, preciso es despojarlas de lo que tengan de más precedero y reducirse á lo que en ellas ha sido el principio de vida. ¿Dónde, empero, buscar ese principio que en sí contenga todo el espíritu de una sociedad? ¿En las artes, en la literatura, en los sistemas filosóficos, en las instituciones civiles? Si en todo pueblo no existiese un elemento más profundo que éstos, más íntimo, más inseparable de la vida misma social, seguramente que sí. Y ¿cuál pudiera ser ese genio eternamente presente de que la substancia misma de los pueblos es formada, sino es la religión, principio de donde, como otras tantas necesarias consecuencias, nacen las instituciones políticas, las artes, la poesía, la filosofía, y en cierto modo, la serie misma de los hechos históricos? Lo cierto es

que no creemos conocer á un pueblo mientras no nos hemos remontado hasta sus dioses, pues la poesía y las artes no son frecuentemente sino galas que encubren el dolor; la libertad política, inscrita en la ley, sirve sólo muchas veces para paliar la servidumbre moral, y por lo que hace á la filosofía, no es elemento tan esencial á toda civilización que no podamos concebir un estado sin una escuela de metafísicos. Pero si llegamos á conocer el dogma de una sociedad, podemos decir que sabemos verdaderamente por qué y cómo esa sociedad vive; estamos en posesión de su secreto: no nos engañamos ni en cuanto á sus alegrías ni respecto de sus dolores; leemos, en fin, sus pensamientos, no sólo en su frente, sino tales como fueron inscritos y formados por Dios mismo en el fondo de su espíritu.

Desde este punto de vista vamos á emprender el estudio de las religiones de los pueblos que ocupan un lugar en la historia, y donde cada uno de ellos surge sobre un dogma particular, como una estatua sobre su base. Mas en esta peregrinación á través de los cultos del pasado, errantes de altar en altar, no iremos, infatuados con la superioridad moderna, á burlarnos de la miseria de los dioses abandonados, sino que interrogaremos á los santuarios vacíos, preguntándoles si no han encerrado acaso un eco de la palabra divina, inquiriendo entre ese polvo sagrado algún resto de la verdad y de la revelación universal, y anotando siempre las relaciones de la historia política con los dogmas



que bajo símbolos tales pueblos ocultan. En medio de esos cultos surge el Dios hebreo, que ha de vencerlos á todos, atrayendo poderosamente con su unidad los espíritus. Desde el momento en que esto se realiza, el camino se hace más rápido. Precipítase el mundo hacia ese Dios; los pueblos que ya comenzaban á buscarle, vanse tras él desde el instante en que le han apercibido; nace el cristianismo y apóyase la sociedad moderna sobre el trípode de Oriente, Grecia y Roma; el mahometismo surge, y su dios vuelve á tomar posesión de los desiertos de la Arabia: Dios muerto que se apodera de las civilizaciones muertas del Egipto y de la Persia. Entretanto, el catolicismo crece, y todas las ramas de la tradición van á confundirse en ese grande árbol de la vida que da, él solo, sombra á la civilización durante mucho tiempo, reconciliando el Oriente con el Occidente, el pasado con el porvenir. Pero los hombres del Norte llegan á disgustarse de él; álzase en contra suya, el primero, el espíritu germánico; la Reforma se agita, y el hombre pónese otra vez á buscar la verdad que ya creía poseer, viéndose arrojado entre las tempestuosas olas cuando se juzgaba arribado á seguro puerto. La duda se apodera del mundo, y el Dios eterno vacila en el fondo de las conciencias; pero este estremecimiento de escepticismo no pasa sin resultado. Todo se conmueve; la filosofía y las revoluciones políticas rasgan á un mismo tiempo el velo del porvenir, y nosotros, que aparecemos un momento

en medio de este espectáculo, entrevemos ya el resplandor que ha de iluminarlo todo y traer la paz que el mundo ha perdido.

Vida del Espíritu divino á través del mundo, anales del Eterno encarnado en el tiempo, ¿quién soy yo para intentar esta historia? Muchas veces he pensado que un hombre, antes de morir, se debía á sí mismo el estudio de las creencias en aquellos hermanos suyos que le han precedido en la vida; pero si yo buscase sólo el reposo, hubiera diferido hasta mi última hora este examen lleno de tantos peligros para la inteligencia. Mas ¿es acaso posible el eterno aplazamiento de lo que hay de más grave, contentándose entretanto con lo que de más efímero existe? ¿Quién me responderá de un solo día? Es, pues, necesario acometer sin más preliminares la empresa que más me atrae y me aterra á un mismo tiempo, de la que todas las otras dependen, y que, si esconde en sus senos el abismo, encierra también la única verdad que es capaz de colmarlo.

---



## II

**La tierra considerada como el primer templo**

La tierra, inmortal Cibeles, no sólo se corona de murallas, sino de instituciones y de ideas tan inmutables como sus torres. En su vasto seno se despiertan pensamientos, cada uno de los cuales constituye el tejido de la vida de una sociedad; á sus pechos se amamantan con leche divina pueblos cuyos primeros vagidos cubren los ruidos del caos.

Antes de que la historia comenzase en el mundo, el globo había sido modelado por omnipotente mano, y los imperios, al desenvolverse, siguieron casi forzosamente estos primeros grandes trazos desde el comienzo de las edades esculpidos. La figura de los continentes, ríos, mares y montañas, ha determinado dondequiera la de las sociedades, de suerte que cada continente viene á ser un molde en que la Providencia arroja las razas humanas para que tomen la forma eterna de sus designios: el primer profeta escribió así su libro en las mudas líneas de los continentes aun deshabitados.

Por donde resulta que cada lugar de la Naturaleza, cada momento del tiempo, representa, en los

caracteres geniales que le son propios, á la Divinidad bajo una fase especial; que de cada forma del mundo se desprende una revelación, de cada revelación una sociedad y de cada sociedad una voz en el coro universal; que no hay, en fin, un solo punto del tiempo ó del espacio que en algún sentido no figure en la revelación siempre creciente del Eterno. La creación, separada en un principio de su autor, tiende cada vez más á unirse con él por los lazos del espíritu, y la tierra crea así verdaderamente á su Dios con el trabajo de las ideas.

En este concepto es la historia un culto eterno, al cual cada civilización lleva sus ritos frecuentemente bañados en sangre: procesión del espíritu á través de los tiempos y lugares, en la que cada continente puede ser considerado como un santuario particular que tiene necesarias relaciones de semejanza y armonía con la creencia que en él se ha desarrollado, la cual á su vez no es más que un rito de la religión que refiere todos los extremos de la tierra á la economía universal.

El Asia es quien ha iniciado, con el himno de la tierra al cielo, el primer acto de la liturgia, cuyo sacerdote es la humanidad. Esa región, en que las formas vegetales y animales alcanzan monstruosas proporciones, será asiento de imperios monstruosos también, que representarán en la historia civil lo que el baobab y el elefante en el mundo orgánico. En las orillas de sus tres grandes ríos vendrán á



abrevarse los de la India, Asiria y Egipto. Ni cómo no nacer del seno de aquel mar sin orillas, de las cimas de aquellas montañas inaccesibles *aun para el pensamiento*, de aquel infinito visible que por todas partes rodea á la humanidad, la idea de lo inconmensurable en el tiempo y en el espacio, ó más bien, la del Dios sin medida, proporción ni límites? El Oriente, pues, será la cuna de las religiones. Y como es allí la Naturaleza harto espléndida para que el hombre deslumbrado sienta la necesidad de ir más lejos á buscar su divinidad, será el panteísmo su religión, y el Asia misma el símbolo ante el cual doblará la rodilla, pues que es ella de suyo un ídolo sobrecargado de ornamentos en el templo de la creación. Todo allí resplandece en torno á los dioses recién nacidos; todo les convida á reinar y encarnarse en aquella naturaleza soberana: el Oriente ha de ser la tierra de las encarnaciones.

Á la extremidad, sin embargo, de este continente tan rico, tan exuberante de vegetación, tan lleno de cosas propias para formar ídolos, encuéntrase el gran desierto de la Arabia, que si no es nada sobre el mapa, lo es casi todo en la historia, y donde alejado del mundo sensible, secuestrado en cierto modo, lejos de toda forma, de todo signo y casi de toda criatura, aislado en fin del universo, se elevará el hombre casi necesariamente á la idea pura del Dios-Espíritu. Tres cultos han nacido y se han desarrollado en el desierto: los de Moisés, el Evangelio y Mahoma; Jehová, Cristo y

Alá; tres dioses sin cuerpo, sin imágenes, sin ídolos, sin figura palpable. El desierto, pues, desnudo é incorruptible, donde la Naturaleza se halla, por así decirlo, muerta y abolida, donde el alma se contempla sola enfrente del Creador, donde el universo, en fin, desaparece para no dejar ver sino la mano que le ha hecho; el desierto, decimos, es el primer templo del Espíritu.

Si investigamos ahora cuáles han sido las relaciones de cada uno de estos cultos con el resto del Asia, veremos desde luego que el judaísmo, secuestrándose en cierto modo, ha escapado á las seducciones del mundo oriental, colocando entre ese mundo y él el libro de la ley. Pueblo anacoreta, ha hecho en la soledad su alianza con lo Invisible.

El islamismo nómada, por otra parte, lleva consigo dondequiera el genio del desierto, pesando sobre el mundo como un hálito de la Arabia Petrea. Su fuerza y su gloria está en revolverse contra la Naturaleza que quiere subyugarle. Profesa horror á las formas; en el país de las imágenes se presenta como su destructor; se arma con la austeridad y se preserva por la cimitarra; aspira á aplazar, por lo menos hasta la vida futura, el triunfo de los sentidos. Bien pronto, sin embargo, decae, se enerva y es vencido. Por eso es tan fugaz el brillo del genio árabe y también del islamismo que, sometiéndose ante la fatalidad, esto es, ante la ley de las cosas, reincide de este modo en lo que pudiéramos llamar el dogma natural del Asia.



¿Cómo el cristianismo se ha resistido contra esta fuerza é influjo del Oriente? Abandonándolo. De Jerusalén se traslada á Éfeso, luego á Corinto, después á Roma, y así, alejándose siempre, arranca á la humanidad á las regiones del Asia, poniendo entre ambas, no ya sólo la ley, sino el abismo. Destronando á la Naturaleza, destrona al Asia, y en el punto mismo las relaciones de Europa con el alto Oriente quedan interrumpidas por el tiempo que dura el ascetismo de la Edad Media.

Á uno de los costados del Asia hállase pegada el África, herencia de Caín, surcada por ríos insociables que, á excepción de uno solo, corren de Norte á Mediodía, huyendo de la civilización y buscando las tristes soledades; patria de las arenas, Océano sin islas. El África, si se exceptúa el Egipto, carece de representantes en el mundo civil. Tierra vasalla al pie del trono del Asia, destila la mirra y el ámbar, y produce para sus señores los dátiles y el incienso, pero no civilización y arte, ni lenguas, ni poemas, ni casi dioses: sus únicas voces son el rugido de sus leones y el murmullo de sus ríos perezosos que se arrastran en los imperios del vacío. ¿Qué es lo que ella representa? La esclavitud, muda como ella, y el desierto moral donde ninguna planta de la inteligencia crece en el orden civil; el fetiquismo, la magia, el dios esclavo de la naturaleza bruta, de la piedra encantada, del talismán en el orden religioso; las esfinges, las anubis, los ídolos pegados á cabezas de toros, de leo-

nes, de serpientes, de águilas, que aullan, rugen y silban, ¿no nos están indicando la soberanía del animal sobre la tierra desnuda, privada aún del dominio y de los pensamientos del hombre?

Enfrente de este doble continente, hállase la Grecia, que, bañada del mar por todas partes, parece como dispuesta á la movilidad de las olas. Nacidas del Océano, padre de todas las cosas, sus divinidades se multiplicarán y desvanecerán como las olas. Un mar de colores etéreos que, insinuándose por todas partes, por todas partes se abre en golfos de líneas precisas, como tiradas á escuadra, y de brazos que parecen esculpidos por el cincel soberano; la inmensidad oriental, lo infinito, circunscritos en una forma exquisita, ¿qué es esto, si no es la belleza realizada? Allí, pues, dioses amantes de su belleza, enamorados de su creación, accesibles y familiares, sonreirán en cada cosa como el artista en su obra.

Después de Grecia, Italia avanza en el Mediterráneo para reinar sobre él. Mirando á la vez al Asia, al África y á la Europa, podrá acrecer indefinidamente su imperio sin perder el centro de sus posesiones; al contrario de la Grecia, incapaz de conservar un momento, por hallarse demasiado alejada de sus fronteras, la herencia de Alejandro, coloso sin base, destinado á romperse en mil pedazos. La Italia, lo repetimos, puede describir en su alrededor un círculo de dominio sin abandonar nunca el centro. ¿Quién, pues, sino ella ha de ser



llamado al culto de la conquista, á la religión política, á la adoración de la lanza y la batalla? Su verdadero dios será la ciudad, ó al menos en la Ciudad Eterna se encerrará todo entero, mientras en torno de ella vendrán á colocarse los reinos de otros días; pero en el momento en que este círculo de dominio no pueda extenderse, se romperá y ahogará á la Italia: el Asia, el África y Europa le reclamarán sus despojos, y la Edad Media vendrá á ser expiación de la antigüedad. La Germania será vengada por Alemania, la Galia por Francia, Cartago por Túnez, la Iberia por Aragón. Al dios del orgullo sucederá el dios de la humildad; el llanto de Cristo en el pesebre expiará las amenazas del Júpiter Capitolino, y la Italia, como una madona terrestre, caerá de rodillas al pie de la cruz de la pasión. ¿Qué le quedará entonces á esta tierra de expiación? Le quedará el Papado. El imperio espiritual sobre las riberas del Occidente será suyo en cambio del imperio material, pues que se halla investido de una soberanía en cierto modo inalienable.

Diríase que la Europa ha sido hecha de modo que quedase completamente reservada hasta que las demás regiones hubiesen extinguido su fecundidad. Tierra fría y perezosa, hállase, á la manera de un cercado, por todas partes cerrada, oponiendo á la civilización fenicia los Pirineos en España, á la griega las cadenas de la Macedonia, y los Alpes, la más formidable de sus barreras, á los dioses ro-

manos, que se extenderán por los flancos de sus murallas, impotentes para salvarlas, mientras que hacia la parte del Asia las masas del Cáucaso abren sólo estrecha puerta, á cuyos umbrales vendrán durante largo tiempo á gritar las emigraciones orientales. Basta esto para comprender que Europa será tardía en dar que hablar de sí misma, pero en cambio, cuando la humanidad haya salvado esta barrera, encontrará en ella un vasto campo sin obstáculos: algunos grandes ríos verdaderamente cosmopolitas, montañas de escasa altura, ningún desierto, y por todas partes un suelo igual, idéntico clima y las mismas producciones de todos géneros. De suerte que si la identidad de Dios consigo mismo debe resplandecer visiblemente en su obra, si los hombres han de llegar alguna vez á la misma forma de creencias, ritos y símbolos, habrá de suceder esto en esa comarca ya por sí misma marcada con un carácter semejante en su genio, producciones y formas, de modo que la unidad de la Naturaleza representará allí y revelará más que en lugar alguno la unidad del Creador.

Colocada entre el Asia y la Europa, reuniendo en su estructura los caracteres de ambas, parece ser la América una tierra medianera, hecha para conciliar un día el genio del Oriente y el del Occidente. De todos modos puede asegurarse que la Naturaleza prepara allí un triunfo cierto á la industria y al espíritu del hombre. No produce el caballo ni el hierro, esos dos atributos de la fuerza;



no ostenta tampoco grandes mamíferos; su león carece de crines; ¿qué le queda, pues, de aquella tiranía que el mundo exterior ejercía sobre el pensamiento de la humanidad naciente? Todas las relaciones han cambiado: el hombre ha llegado á ser el más fuerte, y la Naturaleza, debilitada, se desconcierta y se presta ella misma al yugo; aquél cada día avanza, ésta retrocede ante él cada día; y si aun no logró dominarla, lucha constantemente, descuajando y extirpando las selvas por abatir las cabezas renacientes del monstruo. Sin embargo, basta considerar los valles de tantos ríos gigantes-cos para reconocer en ellos la cuna aun vacía de imperios desconocidos, á la manera que, cuando vemos á una mujer preparar con antelación el lecho para el reciennacido, pensamos que la hora del alumbramiento no está lejana; que también la Naturaleza ha preparado, en las orillas de los grandes lagos y sobre los follajes amontonados de los bosques seculares, lechos que no fueron sólo dispuestos para reptiles y vagabundas alimañas, sino para sociedades, instituciones é ideas, que no faltarán ciertamente á sus cunas. El archipiélago indio verá, pues, algún día, en medio de la Naturaleza domada, surgir de la espuma de sus inmaculadas olas su Venus espiritual. Porque si hay entre nosotros quienes piensan que todo ha concluido y que la fe se halla agotada y que la Cibele se ha hecho estéril, preciso es que salgan de su ceguera, que á la vista de esa profecía escrita sobre

la faz de la tierra, se convenzan de que la historia religiosa y civil aun no fué suspendida, de que la creación sigue desarrollándose, de que la génesis intelectual continúa, de que la revelación del espíritu por la forma crece; de que en fin, el nuevo mundo material confiado al hombre es para él emblema cierto de un nuevo mundo civil. Nosotros vemos el templo material engrandecerse al mismo tiempo que la revelación de Dios. El libro de la creación se desenvuelve, encerrando una nueva revelación en esta nueva figura del mundo, y para dar de ella testimonio, apréstase el género humano á apoderarse de ese continente, hasta hoy posesión tranquila y muda del Océano, á vencer y dominar en él la Naturaleza y elevarse por su arte, su industria y sus pensamientos hasta el trono solitario que antes de él ella sola ocupaba.

---



## III

**Filiación del género humano**

La tierra todavía desierta tiene sed de vida moral más aún que de rocío: la escena ya dispuesta espera al personaje. Llega por fin: las tribus, las naciones, los Estados llenan de ruido los valles, hasta entonces silenciosos, del mundo naciente, y la unidad del carácter que cada uno de estos grupos conserva al través de las generaciones, presta al drama de la historia aquella unidad que, según todas las apariencias, había de ser imposible. Apenas salida del barro, lleva cada raza en sus trazos, en su corazón, en sus prístinos vagos pensamientos, la impresión indeleble de un sello especial, como si hubiese ya contraído en el seno de un mundo anterior hábitos de cuerpo y espíritu. Pasarán los siglos, no podrán nunca borrar esta primera impresión y carácter, y después de millares de años el habitante del Egipto seguirá pareciéndose al Osiris atezado de los Faraones, el tipo de los Faunos se transmitirá de edad en edad en el aspecto de las tribus de la Arcadia, cada pueblo, en fin, conservará sobre su fisonomía, hasta su muerte, los rasgos de su dios.

¿Quién ha marcado con estos tipos indestructi-

bles la frente de las razas humanas? ¿De dónde proceden estas tendencias, vocaciones y particulares destinos que ninguna revolución puede destruir? He aquí el secreto de la Providencia. Cierto que la mayor parte de los pueblos adquieren una como analogía ó semejanza con los lugares que habitan; pero hay otros muchos que, reobrando constantemente contra esas influencias, parecen extranjeros en su patria. Así, á pesar de las olas que por todas partes les cercaban é instaban, jamás pudieron los habitantes del Peloponeso adquirir los hábitos de la vida marítima; los etruscos, bajo el cielo de la Toscana, conservan su temperamento extranjero, como si guardasen la nostalgia de una tierra lejana; los irlandeses, en fin, guardaron en el fondo de su espíritu, sobre sus playas batidas por los vientos, el brillo y el aroma de una comarca asiática; oposiciones debidas en parte á que las razas humanas, en medio de todos los cambios, permanecen siempre en una relación constante con los lugares de donde primitivamente salieron y en que recibieron la impresión y carácter especial que el Creador dióles con la vida. Raro es, en efecto, que un pueblo florezca donde nació; su tumba está generalmente lejos de su cuna, pues el viento impetuoso que sin cesar las razas humanas agita, dispérsalas por todas partes, como el polen de las palmas. Por otra parte, cuando un pueblo es nombrado por primera vez en la historia, siente ya antes de poseerlo todo un pasado desconocido, cuyos momentos se con-



funden para él en una vaga eternidad, y es que la Naturaleza, al mecerle en la cuna, ha ahogado sus vagidos en el fondo de sus bosques: sólo el polluelo recién nacido del águila pudo escuchar en la soledad el primer grito del imperio acabado de nacer. Tal pueblo ha comenzado, y está ya completo, poseyendo una forma distinta, carácter propio, hábitos de espíritu indestructibles, tradiciones seculares y una lengua sagrada, eco de una religión inmemorial, esto es, el milagro de la organización civil. Antes de ser el héroe de su raza, recibe Aquiles en el seno de los bosques las enseñanzas del Centauro, y siguiéndole en la carrera, se prepara así á atravesar veloz el campo de la Iliada: de él, viejo contemporáneo del caos, no sólo aprende la invención del arco y de las flechas, sino también la tradición y el misterio de los primeros días del mundo. Así todo pueblo recibe, en secreto, la enseñanza y las instrucciones de Quiron.

Realizase esta educación especialmente por medio de las emigraciones, pues sabido es que no hay una sola tribu que no ande largo tiempo errante por la superficie de la tierra antes de fijarse definitivamente en el lugar en que su genio nativo ha de echar raíces; fenómeno que explica cómo el género humano parece perdido y extraviado desde el principio, porque como ignora de dónde viene, sabe aún menos adónde va. De este modo cada pueblo cree ser el padre y conductor de todos los demás, cuando la verdad es que todos ellos se aconsejan,

no de sí mismos, sino únicamente de la Naturaleza según se les ofrece en los caminos por primera vez abiertos y hollados. Los valles aun vírgenes, los ríos, el viento que arrastra las hojas, he aquí los primeros conductores del género humano. Donde estos elementos faltan, confiase al instinto de los animales silvestres. Los lobos entonces amamantan á los fundadores de Estados; el antro de un león constituye la cuna de un imperio; la tortuga sagrada, inmóvil en las orillas del río Amarillo, retiene allí, erigiéndose en oráculo, el imperio no menos inmóvil de los chinos; el caballo de Judá, errante en el desierto, relincha á la aproximación del país de Canaán. Los arúspices interrogan el vuelo de los pájaros: ¡cuántas ciudades fundadas por el consejo de un ave profética! El grito del picoverde augural reúne á los pueblos latinos como una pollada; los calcios siguen á las tórtolas y los megarios á una bandada de grullas; un enjambre de abejas marca el lugar de la numerosa tribu de los atenienses; doce buitres llaman al pueblo buitre á las orillas del Tíber; un ciervo perseguido á través de la Palus Meótide señala el camino de Europa á la jauría de las tribus germánicas; el cuervo sagrado, en el Norte, muestra desde el sagrado fresno á los pueblos de Odino sus rutas á lo largo del Volga, mientras los gavilanes graznan delante de los eslavos. Por todas partes los pueblos recién nacidos escuchan los gritos de la naturaleza organizada, y creen oír la voz del que acaba de lanzarlos á la



historia. El hombre se fia entonces de la sabiduría de la serpiente y de la prudencia del buho, pues venidos antes que él al mundo, antepasados suyos en la creación, ¡cómo es posible que no sean los intérpretes y confidentes de la Divinidad!

Conducidos así por diversos guías, iban llegando los pueblos al lugar que la Providencia les asignara, á Ninive, Tebas, Jerusalén, Atenas ó Roma. Ni ¡cómo es posible creer, en medio de tantos imperios cuyas huellas son borradas las unas por las otras, que todas estas emigraciones sobre el primer rocío del naciente mundo no hayan dejado huella alguna, habiéndose perdido para siempre la genealogía de las razas humanas! Pero muy lejos de esto, semejante genealogía del género humano acaba de ser encontrada por virtud de un descubrimiento que no deja lugar á dudas. Monumentos más seguros que columnas miliarias señalan al través de las edades, no sólo la filiación, descendencia y grado de parentesco de los pueblos, sino hasta sus itinerarios, en unos tiempos en que parecía imposible dejar rastro alguno de sí mismo. Estos monumentos son las lenguas humanas; aquel descubrimiento, la filiación de los idiomas de Occidente con los de Oriente.

Porque si efectivamente las lenguas de nuestra Europa tienen, como no es posible dudarlo, sus raíces en las que originariamente fueron habladas en la cuenca del Ganges ó en el golfo Pérsico; si las que usaron Homero, Cambises, David y Valmiki

son hermanas unas de otras; si en las extremidades mismas del Norte, bajo las nieves de la Islandia, hallamos la flor helada de la palabra asiática, á la manera como los geólogos han encontrado el marfil del elefante entre los hielos de la Escandinavia y la huella de la vegetación de la zona tórrida, casi bajo el polo, resulta evidente que los pueblos, aun los que hoy son entre sí más extraños, han vivido originariamente en íntimas relaciones y constituyeron en un principio una gran familia que tomó sin duda de una sola fuente la vida social, hallándose indicada su marcha á través de la historia por los ecos y vestigios de la palabra, que liga á todos los hombres, desde el primero hasta el último, en una misma cadena material y moral juntamente. Dese la interpretación que se quiera á este parentesco de los idiomas, siempre vendremos á parar á la necesidad de un tronco central de donde salgan las diversas ramas de ese árbol de la vida que se llama historia. Conclusión que, sacada de lo que hay de más íntimo en la vida del hombre, compadécese plenamente con las tradiciones primitivas, que, unánimes, colocan en los orígenes de cada raza una sociedad y una humanidad idénticas, hasta el punto de que los pueblos que se creían separados por todas las circunstancias de la organización social, aproximados súbitamente, no vienen á formar á los ojos de la ciencia y de la religión sino una sola familia, descubriéndose así su parentesco, como en el *Edipo*, al final de la tragedia.